

algunos reglamentos locales pertenecientes al abandono aparente de ciertos pecadores al morir. Observóse la misma severidad sobre el artículo de la residencia (1): pues este Concilio vedó de todo punto bajo pena de deposición todos los viages de los Obispos á la corte, á no ser con orden formal del Emperador, ó en una necesidad evidente. Autorizó (2) á los Obispos de las ciudades situadas en los caminos principales, para procurar la ejecución de esta ley, informándose cuando viesen pasar otro Obispo de qual era el término y la causa de su viage.

Dispúsose tambien el modo general de proceder contra los Obispos; y he aquí los términos de este cánón el mas famoso de Sárdica. „Si un Obispo condenado en su provincia, se cree mal juzgado, los jueces de la causa escribirán al Obispo de Roma para honrar la memoria del bienaventurado Pedro su antecesor; y si el Pontífice juzga que debe abrirse de nuevo el juicio, se principiará otra vez, y propondrá jueces de aquel término ó lugar; pero si no encuentra nada que reformar en la sentencia, quedará confirmada por el mismo y concluida la causa.” Añaden que el Papa podrá encargar el juicio de estas apelaciones á los Obispos de la provincia vecina, y aun enviar un Sacerdote en calidad de su legado segun su prudencia lo juzgue oportuno. No era esto conceder á la Silla Apostólica una jurisdicción de que careciese, sino arreglar el curso de la causa por el buen orden de la gerarquía. Ha guardado con mucho

(1) *Can. 6. et 12.* (2) *Can. 3., 4. et 5.*

celo la Iglesia de Francia esta forma en los litigios de sus Prelados, que en efecto fueron constantemente juzgados en el reino por sus comprovinciales ó por sus vecinos. Estas fueron las disposiciones principales de la disciplina del verdadero Concilio de Sárdica (\*).

27. Reuniéronse en Philipópolis los Orientales retirados del congreso general para paliar algun tanto esta infamia impresa sobre la impiedad arriana, y quisieron dar á su conciliábulo la autoridad y el nombre de Concilio legítimo. Fueron de tal modo engañados muchos Católicos ilustrados, que la confesión de Philipópolis está en los fragmentos de San Hilario de Poitiers, con el nombre de símbolo de Sárdica. Presentaba un sentido muy ortodoxo, y solo le faltaba la palabra *Consustancial*; mas los impostores que la inventaron, no usaron de la misma circunspección en el resto de su conducta. Su temeridad llegó hasta escomulgar á los Prelados mas respetables del Occidente, Osio de Córdoba, San Maximino de Tréveris, y hasta al Papa San Julio. Dieron á luz una carta sinodal firmada en Sárdica, donde pudie-

(\*) Terminado el Concilio de Sárdica, y habiendo regresado el grande Osio á su Iglesia de Córdoba, juntó este mismo año un Concilio en su ciudad, y lo presidió él mismo. En él confirmaron los Padres cuanto se habia determinado en el de Sárdica, y protestaron todos de nuevo su adhesión y firmeza en sostener el símbolo de Nicéa. El Emmo. Señor Cardenal de Aguirre tiene á este Sínodo por nacional ó plenario de España; de donde se colige el espíritu verdaderamente Católico que reinaba entonces en esta santa Iglesia. Véase el tomo 1. de la colección de Concilios de Aguirre.

ron escribirla en efecto, y la dirigieron á todos los Obispos del mundo Cristiano, y entre otros á Donato, Obispo donatista de Cartago. Procuraban con ansia atraer á los cismáticos á sus intereses, y oponerlos á los Católicos de aquella Iglesia distinguida, singularmente á Grato su Obispo, que se habia encontrado en el Concilio de Sárdica, con treinta y cinco de sus sufragáneos; pero ni aun tuvieron esta miserable satisfaccion, pues los Donatistas perseveraron en la fe de la consubstancialidad, y en el horror del arrianismo, aunque sin volver á la unidad.

28. Grato, segun parece, á su regreso de Sárdica habia pedido al Emperador Constante, que estendiese sus cuidados á las Iglesias del África. Envió allá al punto dos comisarios distinguidos este Príncipe siempre dispuesto á servir á la Religion, encargados solo aparentemente de repartir limosnas y socorrer á los necesitados en cada Iglesia; mas debian exhortar á todos á que abandonasen el cisma y tornasen al seno de la unidad católica, sin emprender cosa alguna que pudiese parecer violencia. Estendieron sin embargo la voz los cabezas de los Donatistas de que no iban con otro intento que el de perseguirlos, y el falso Obispo Donato declamó contra estos comisarios Imperiales con la mas grande insolencia, habló del mismo Emperador con injurias, y vedó por do quiera recibir las limosnas.

Alzó altamente la bandera de la rebelion otro Donato, Obispo donatista de Bagaya, congregando los circunceliones, aquellos bandidos fanáticos que des-

truían los campos con las armas en la mano, y á quienes los mismos Obispos cismáticos se vieron obligados á abandonar al rigor de las leyes. Fue indispensable recurrir á Silvestre, Conde de África, el que los echó de sus ciudades con su Clero; pero los rebeldes no se sujetaron sin pelear, y así las gentes armadas de una y otra parte inundaron el pais de sangre y estragos (1). Arrojóse desesperadamente en un pozo Donato de Bagaya, al ver que su partido era el mas débil. Un tal Marculo se echó de una alta roca; y los Donatistas honraron á estos enemigos públicos como si fueran mártires.

Sin embargo que los Obispos católicos no tuviesen la menor parte en los rigurosos medios que el amor al orden, y una justa defensa hacian indispensables, no por esto dejaron los cismáticos de servirse de esta ocasion para alzar calumnias á la Iglesia, y los caudillos del cisma se manifestaron mas obstinados; pero muchas gentes volvieron á obedecer á los legítimos Pastores.

29. Grato reunió despues de todas las provincias de África un numeroso Concilio, nombrado comunmente el primero de Cartago: bien que antes hubo allí otros muchos, particularmente en tiempo de San Cipriano; mas este es el mas antiguo cuyos cánones hayan llegado hasta nosotros. Contener los abusos introducidos por el cisma, fue su principal intento. Juzgaban los cismáticos por nulo el bautismo conferido fuera de la comunion de Donato; y el Concilio veda

(1) *S. August. Tract. 11. in Joan.*

en general bautizar de nuevo á los que ya lo hayan sido en el nombre de la adorable Trinidad. Tampoco consiente tributar los honores del martirio á los que se hayan abismado ó muerto de cualquier manera por entusiasmo, fanatismo ó desesperacion. En fin se condena la usura sin distincion de estados.

30. Supo Constante, que no se concretaba solo á hacer que floreciese la Religion en sus provincias, los nuevos escesos de los Eusebianos, que tenian siempre la proteccion de Constanzo. Degollaron diez personas por su amor á la antigua fe en Andrinópolis, adonde pasaron despues de su desercion de Sárdica. Murió por la misma causa Lucio, Obispo de la ciudad, con aquellas ovejas predestinadas. Fueron desterrados despues de haber padecido las mas crueles vejaciones los dos Obispos de Arabia Macario y Astero, que habian hecho á sus seductores la afrenta de separarse de ellos á su llegada á Sárdica. Mas el blanco de su odio era el grande Atanasio. En los puertos y en las puertas de las ciudades por donde debia pasar pusieron guardias por mucho tiempo, y aun enviaron órdenes á los Jueces de Alejandria para que si este Patriarca ó algunos Eclesiásticos de su parcialidad estaban en la ciudad ó en su territorio, los degollasen.

31. Forzaron á Constante á proceder seriamente con su hermano tantos atentados reiterados tantas veces. Los errores de Photino, Obispo de Sirmio, que eran cuasi los mismos que los de Pablo de Samosata, se acababan de condenar en Milán, donde el Emperador de Occidente tenia su corte. Pronunció su sen-

tencia el Concilio de Sárdica contra Ursacio y Valente, que principiaban á hacer el primer papel entre los sectarios, aunque faltos de ciencia y sin mas principios que el ansia de hacer fortuna por el crédito de una secta intrigante. Fueron reducidos á pedir perdon de sus errores estos hipócritas, que sabian el arte de acomodarse á las circunstancias; mas el Emperador y los Obispos de Occidente aspiraban á egecutar por entero todos los decretos de Sárdica, y á restablecer los Prelados Orientales depuestos sin justicia. Los Obispos de Capua y Colonia Vicente y Eufhratas, á quienes asoció Constante al Pretor Saliano, con el carácter de ministro suyo, y con una carta para su hermano, fueron enviados al Emperador Constanzo para esto: y en la carta le hablaba como un Príncipe que ya no confiaba en promesas aparentes; y al mismo tiempo que le pedia le daba á entender á lo que se espone si despreciaba su peticion.

32. Echaron de ver los Arrianos todas las consecuencias de esta delegacion, y para impedir su resultado resolvieron perder á los Obispos diputados. Estaba Constanzo en Antioquia, cuyo Patriarca Estévan, uno de los emisarios del partido, no se negaba á trama alguna. Un jóven sin vergüenza solicitó, á ruegos de este vil Obispo, á una muger pública para que pasase la noche con unos estrangeros, asegurándola que la recompensarian liberalmente sin esplicarse mas. Vino á la hora señalada, y entendiéndose con un criado de la casa en donde estaba Eufhratas, fue introducida al cuarto en que este dormia. El Obispo

despertó al ruido que movió al entrar, y preguntó quién era, y no oyendo sino la voz de una muger, prorrumpió con un grito de sorpresa é indignacion (1). Acercáronse al momento con luz á su lecho muchos falsarios apostados para dar testimonio, y sin mas pruebas que lo sucedido comenzaron á tratar al Obispo de criminal. Viendo la muger por su parte el aspecto de un viejo venerable, y las insignias de un Obispo, gritó en el primer movimiento, que la habian engañado. Corrieron en tropel todas las gentes de la casa, cerraron las puertas, y prendieron siete falsarios, los que fueron puestos en custodia con la muger.

Divulgado el suceso al dia siguiente por toda la ciudad y la corte, instó vivamente el Pretor Saliano á Constanzo para que aclarase este misterio de tinieblas. En el palacio se hicieron las informaciones, y se procedió segun las fórmulas tanto civiles como eclesiásticas, las que ya entonces eran diferentes. Protestaron los Obispos contra la efusion de sangre y el tormento: Saliano por el contrario, y el Emperador, á quien él supo persuadir ó intimidar, opinaron que se aplicase el tormento, y apenas lo hicieron cuando los arrestados descubrieron toda la trama, quedando testificado que habia sido urdida por orden del Patriarca Estévan. Entregaron el Prelado culpable á los Obispos que estaban en la corte, los que le depusieron separándole de su Iglesia.

33. Mas los Arrianos tuvieron aun bastante crédito para substituir á Leoncio, uno de aquellos malos

(1) *Theodoret. lib. 2. hist. cap. 9.*

súbditos á quien San Eustacio habia negado como á Estévan la entrada en su Clero. Decíanle á este el eunuco, porque se habia mutilado por una intencion aun mas reprehensible que la accion misma (1). Amábase en extremo á una jóven que habia seducido, á la cual hacia pasar plaza de vírgen libre de toda sospecha; mas viéndose precisado á romper este comercio impuro, se habia castrado por sus propias manos para conservar la libertad de habitar á lo menos con el objeto de su pasión. Depusieronle por esta razon y conforme á los cánones de Nicéa del Sacerdocio á que habia sido elevado despues de la espulsion de San Eustacio, lo que no estorbó á los Arrianos para ensalzarle al fin á la gran Silla de Antioquía.

34. Este extraño Patriarca entrometió en el Clero y defendió en cuanto pudo á Aecio (2), pretendiente aun mas despreciable é hijo de un malhechor ajusticiado en público, reducido él mismo á la esclavitud, despues calderero y ladron conocido en su oficio, luego médico ó charlatan, sofista ridículo, y por último dogmatizador tan grosero y tan impío, que el pueblo le apodó con el sobrenombre de ateo. Conseguió sin embargo una odiosa pero grande fama por ser mas conseguiente que los otros sectarios de Arrio, y se puso al frente de otra secta de Arrianos, que pareció nueva, porque era la mas osada ó la menos disimulada. Afirmó pues que el Verbo no solo no era ni consubstancial ni igual al Padre, pero ni aun parecido á él: temeridad á que habia llegado profundi-

(1) *Theodoret. lib. 2. hist. cap. 24.* (2) *Philostr. lib. 3. cap. 5.*

zando en los misterios del Ser Divino, los que se jactaba de entender con tanta claridad como se conocia á sí mismo, aunque apenas tenia la menor instruccion en las divinas Escrituras, y mucho menos en las obras de los Padres. Algunas nociones confusas de Lógica, un amor excesivo á argüir con mucha presuncion, y una gran fuerza de pulmones formaban todo su mérito. Nunca pudo persuadirse que hubiese una generacion eterna en Dios, porque no hallaba medio de concordarla con las categorías de Aristóteles. Respecto á las costumbres, ningun aprecio hacia de los ayunos, ni de las oraciones, ni de género alguno de buenas obras, ni aun de la observancia de los preceptos del Decálogo; limitando todo el cristianismo á la fe ó al conocimiento del Ser Supremo. Un dia que se lamentaban delante de él algunos de los mas groseros excesos cometidos contra la castidad, se burló sin vergüenza y calificó esta pasion vergonzosa de necesidad tan natural é indiferente como el rascarse cuando tenemos comezon: tal era su indecente modo de esplicarse.

35. Principió á conocer el Emperador Constanzo unos escándalos tan monstruosos. Sea por rectitud de alma, ó bien por temor á su hermano alzó el destierro á los Sacerdotes y Diáconos de Alejandría adictos á San Atanasio, vedando mclestar á nadie por esta causa. Habiendo muerto el usurpador de esta Silla, consultó este Príncipe á los Obispos de Oriente; los que le aconsejaron restableciese á Atanasio, antes que esponerse á una guerra civil. Escribióle al

punto una carta muy espresiva, dándole á entender que estaba poseido de la mayor compasion por lo que habia sufrido mientras su destierro, y convidándole á volver cuanto antes para ser la felicidad y la alegría de sus ovejas. No se apresuró Atanasio á venir, como que sabia por esperiencia el fingimiento natural de este Emperador, y el poder que sobre él egercian los malvados que le rodeaban. Constanzo le escribió segunda y tercera carta, haciendo que le escribiesen tambien los oficiales, en quienes sabia que Atanasio tenia mas confianza; y por último condescendió el santo Patriarca y partió para Alejandría. Como no habia querido dejar el Occidente sin ver al piadoso Emperador creyó que convenia hacer lo mismo con Constanzo, y pasó por Antioquia, en la que algun tiempo antes se habia fijado la corte. El Príncipe le hizo las mayores honras, y manifestó un placer extraordinario al verle, y aun parecia que obraba de buena fe, prometiéndole con juramento que no oiria mas las calumnias que se publicasen contra él. A pesar de esto vivió Atanasio en la corte de este Príncipe como en todas partes. No comunicó absolutamente con el Patriarca Leoncio en todo el tiempo que permaneció en Antioquia; sino solo con los Eustacianos, á saber, con los fieles adictos á la doctrina del último Patriarca ortodoxo, la que seguian en toda su pureza, aunque estaban en el centro de la heregía. El Emperador antes de dejar ir á Atanasio le pidió una Iglesia de Alejandría para los que no eran de la comunion del santo Patriarca. *Vengo en ello,*

respondió con una presencia de espíritu admirable, con tal que se conceda otra en Antioquia á los fieles que conservan la fe de Nicéa. Justa pareció al Príncipe la proposicion, mas los Arrianos no la quisieron aceptar, persuadidos de que su doctrina no haria grandes progresos en Alejandría, bajo de un Obispo como Atanasio; y que por el contrario, si los Eustacianos obtenian una Iglesia para reunirse libremente pronto resucitaria en Antioquia la fe antigua por su divino influjo y por la fuerza de la verdad. Constanzo no le pidió nada mas, y aun envió á sus diócesis á Marcelo de Ancira y á Asclepas de Gaza.

Atanasio tomó su camino por Palestina, cuyos Obispos en general pensaban con rectitud, y abrazaron altamente su comunión hasta diez y siete, siendo el primero de ellos Máximo de Jerusalem. Inmediatamente entró en Egipto desde allí, y no es dado explicar la alegría que mostraron todos al verle despues de tantas persecuciones y de tan larga ausencia: alegría digna en verdad de la causa que la producía. Celebrábanse inocentes convites en los que los pobres tenian la mejor parte: eran vestidos los huérfanos y las viudas: los maridos y sus mugeres celebraban á porfía las alabanzas del Hijo de Dios triunfante de sus blasfemadores: las casas particulares parecian otras tantas Iglesias destinadas á las divinas acciones de gracias, y á la recomendacion de las virtudes: muchos jóvenes abrazaron la vida solitaria: las doncellas mas ricas y dotadas de todos los dones de la naturaleza y de la fortuna, consagraron su virginidad á Jesucris-

to: los calumniadores del santo Pastor se retractaron jurídicamente: sus enemigos pidieron su amistad, abjurando por do quiera las opiniones profanas; y en poco tiempo todas las Iglesias disfrutaron de una amable tranquilidad.

36. Llenaban de alegría estas felices noticias á los verdaderos fieles en toda la estension del mundo cristiano, cuando una muerte eternamente lamentable, que mostró lo débil de los discursos humanos respecto de la conducta de Dios con su Iglesia, trastornó súbitamente las esperanzas fundadas sobre tan bellos principios. Perdió en una conjuracion inesperada el Imperio y la vida á la edad de solos treinta años el Emperador Constante, defensor tan celoso y tan necesario á la Esposa de Jesucristo. El Galo Magnencio que habia ascendido de grado en grado al primer puesto de la milicia tomó su púrpura, en tanto que el Emperador, amante de la caza, solo pensaba en divertirse, acusándole de que no cuidaba del gobierno y abandonaba la autoridad á sus ministros. Fue conducida la trama con tanto artificio, que ya de voluntad ó ya por fuerza todas las tropas reconocieron al rebelde en Autun, en donde estaba la corte, y esto con tanta prontitud que el desgraciado Constante estaba aun cazando en los bosques vecinos. Salvóse con algunos guardias retirándose hácia la raya de España, en donde esperaba hallar mas seguridad; pero Magnencio le mandó perseguir por medio de infames oficiales, que alcanzándole en el palacio de Elna al pie de los Pirineos le quitaron la vida el 27 de Febrero

del año 350. Vetranion, que mandaba en Panonia, y Nepociano, sobrino del gran Constantino, que mandaba en Roma, habiendo tenido noticia de este atentado tomaron los dos la púrpura bajo el pretexto de hacer justicia con una memorable venganza. Estas capciosas ofertas no deslumbraron á Constanzo, que los sujetó sin mucho trabajo. Estaba mejor dispuesto el partido de Magnencio; pero cuando el último de los hijos de Constantino supo tales nuevas se hallaba implicado en la guerra contra los Persas, que le era poco ventajosa.

37. Le fue preciso acudir á lo mas urgente y abandonar el campo á Sapor, que sitiaba la ciudad de Nisibe, en Mesopotamia, llave principal del Imperio por aquella parte. Vióse reducida la plaza á la última estremitad, y se hubiera rendido irremediamente sin el socorro de su santo Obispo Santiago, tan célebre por sus milagros como por sus virtudes. En tanto que los ciudadanos sostenian una batalla muy desigual si se atienden solo los medios naturales; oraba de día y de noche en la Iglesia. Mas acercándose el Rey de Persia á las murallas, creyó ver un hombre, cuya púrpura y diadema presentaban un esplendor indecible. Al principio creyó que era el Emperador, y amenazó de muerte á los que le habian afirmado que estaba ausente. Persuadiósele sin embargo de que Constanzo estaba con efecto harto lejos de allí, y entonces conoció lo que significaba la vision, y que el cielo amparaba á los Romanos. Arrojó desesperadamente, segun dicen, un dardo contra el cielo como para acu-

sar de su afrenta al mismo Dios. Desde el baluarte se notaba todo esto, y San Efren, discípulo y Diácono del santo Obispo, fue á suplicarle que acudiese á echar su maldicion sobre el egército impío. El santo Pastor subió á una torre; y viendo aquellas tropas innumerables y soberbias, rogó al Señor que por medio de sus mas débiles criaturas pusiese de manifiesto su poder contra aquellos orgullosos idólatras.

Vinieron al punto sobre el campo de los infieles enjambres de mosquitos, espesos á manera de nubes. Entraban en las trompas de los elefantes, en los ojos y orejas de los caballos, los que rompiendo las riendas y corriendo con furia, lo llenaron todo de desorden y de confusion (1). Sapor, obligado á reconocer entonces la mano del Eterno, alzó el sitio lleno de ignominia y desesperacion. Vióse libre de este modo Constanzo del temor que tenia por aquella parte; y el Divino Hacedor que se complace mas de nuestra sumision que de nuestras luces, dejando morir al defensor de su Iglesia, protegió milagrosamente á su mas peligroso adversario.

38. Despues de tomar la precaucion de crear César á Galo su primo hermano, á quien dejó sobre las fronteras de Persia, marchó Constanzo contra el asesino de su hermano. Avanzaron los rebeldes por su parte; y los dos egércitos se encontraron en una llanura cerca de la ciudad de Mursa, en Panonia. Peleó Magnencio con mucho valor; y Constanzo menos acostumbrado á las batallas que á las cuestiones reli-

(1) *Philostr. lib. 4. hist.*